

*Reseñas bibliográficas*

CRUZ, Anne J., *The Life and Writings of Luisa de Carvajal y Mendoza*, Toronto, Centre for Reformation and Renaissance Studies, 2014, 369 págs, ISBN: 978-0772-721-563.

Desde el Concilio de Trento, el modelo de santos y beatos se convirtió en una aspiración para muchas mujeres que rechazaron los dos únicos caminos que les ofrecía el orden social imperante. Eligieron una tercera vía espiritual pero fuera de un convento y lejos de la tutela de padres o maridos. Si además eran de origen nobiliario, esta circunstancia facilitó su independencia económica y les permitió hacer uso de su privilegiada posición social para ofrecer al mundo un testimonio de independencia, aunque en cierta medida protegidas, ya que las autoridades políticas o religiosas no podían soslayar ese estatus a la hora de condenar o reprimir sus actuaciones.

Luisa de Carvajal y Mendoza (1566-1614) fue una de estas mujeres, pero a diferencia de otras de perfil similar que sólo conocemos a través de los relatos de terceros, ella tomó la pluma para dejar testimonio de su elección de vida en cartas y textos autobiográficos y en una colección de poesía espiritual que despertó un notable interés entre los estudiosos, a partir de finales del siglo XIX. De vida itinerante (Cáceres, Madrid, Soria, Valladolid, Bruselas, Londres...), fue al mismo tiempo una noble cultivada, una activista religiosa y una valiosa escritora. Desde un punto de vista historiográfico, el interés por esta figura histórica ha ido creciendo, si bien, tanto en los trabajos clásicos como en los más recientes, el análisis de sus escritos y la investigación sobre su vida han dado como resultado estudios diversificados que no permitían apreciar en toda su complejidad, la auténtica dimensión del personaje ligado a su producción literaria. El libro de Anne

Cruz viene a llenar este vacío, pues ofrece al lector un esmerado trabajo de edición y traducción al inglés de la obra de Luisa de Carvajal –tanto de la *Autobiografía* como de una selección de poemas espirituales y de correspondencia–, mientras, al mismo tiempo, presenta un logrado ejercicio de contextualización histórica en el que traza un completo panorama de los sistemas culturales y de los agentes políticos, sociales y religiosos que condicionaron su existencia.

En los distintos epígrafes de la completa introducción, de más de cien páginas, la autora va desgranando los aspectos más significativos de la vida de Luisa de Carvajal. El perfil de mujer escritora, el entorno nobiliario que condicionó su formación, infancia y adolescencia. Años intermedios plagados de penitencias impuestas por un entorno familiar que forjó su carácter e inspiró buena parte de su poesía espiritual, creada a partir de una mezcla de vivencias sagradas y profanas. Esas experiencias también pudieron servir como modo de lograr una mayor resistencia ante el sufrimiento, hasta rebelarse con éxito contra el matrimonio al que estaba destinada y pleitear frente a su familia para reclamar la herencia que le correspondía por derecho.

Sus relaciones personales, fraguadas a través de la intensa correspondencia que mantuvo con monjas del convento de la Encarnación y personajes de influencia integrados en el mundo cortesano de la época, muy en particular, en el círculo de Isabel Clara Eugenia y del Archiduque Alberto, le permitieron conquistar un cierto espacio de autonomía. La potente red de conexiones familiares con las que

contaba, ya que era sobrina del Cardenal de Toledo Bernardo de Sandoval y Rojas, también le proporcionaron la protección indirecta del Duque de Lerma.

De particular interés resultan los epígrafes que se ocupan de la misión de Luisa de Carvajal en Inglaterra a partir de 1605, en vísperas de la *Conspiración de la Pólvora*. Anne Cruz señala cómo la proximidad a los jesuitas de Valladolid, cultivada durante su estancia en aquella ciudad, le sirvió de puente para ejecutar el deseo de partir hacia Londres en defensa de la causa católica e instalarse allí con una cierta cobertura de protección. Mantuvo una conexión directa con los conjurados que fueron condenados a muerte tras el intento de volar el Parlamento, circunstancia que le obligó a cambiar varias veces de domicilio hasta que se alojó en la casa del embajador español Pedro de Zúñiga. Desde ese momento se dedicó al auxilio de los católicos presos, una actividad que desató inquietud entre sus amigos, tanto en Inglaterra como en España, y generó auténtico malestar entre las autoridades eclesiásticas de ambos países al tratarse de una mujer que hablaba de religión en público y que por hacerlo, transgredía tanto los preceptos de la iglesia anglicana como los de la católica. Para los ingleses su perseverante actividad y libertad de movimientos resultó escandalosa y, como no podía ser de otra manera dado el contexto social de la época, se especuló con la posibilidad de que fuera, en realidad, un sacerdote católico vestido de mujer. A resultas de su actividad, Luisa de Carvajal fue encarcelada por primera vez en 1608 y sólo la intercesión de Pedro de Zúñiga pudo liberarla. Pero el episodio comprometió su permanencia en Inglaterra y la sustitución de Pedro de Zúñiga por Alonso de Velasco en la embajada española, supuso un duro

golpe, ya que nada ni nadie garantizó a partir de ese momento su alojamiento o su independencia económica. Fue entonces cuando empezó a enviar reliquias de los mártires ingleses a los amigos de España para procurarse la financiación de sus actividades. El tráfico de reliquias, completamente prohibido en Inglaterra, le procuró el sustento. En 1611 buscó la protección de las embajadas flamenca y veneciana, pero no cesó en su activismo católico hasta que en 1613 (28 de octubre) el arzobispo de Canterbury, George Abbot, dio orden de detenerla sin tener en cuenta la protección que le proporcionaba la embajada de Venecia y sin poderla acusar de idolatría, pues no encontraron en su casa las reliquias que buscaban. El nuevo embajador español Diego Sarmiento de Acuña logró de nuevo su liberación aunque Luisa protestó ya que su voluntad era morir martirizada en aquel trance. Finalmente Felipe III ordenó su regreso a España pero la quebrantada salud de Luisa le impidió embarcar rumbo a la Península. Falleció el 2 de enero de 1614. Sus restos llegaron a España en agosto de 1615.

El profundo conocimiento histórico de Anne Cruz sobre una de las figuras femeninas más controvertidas e interesantes del paisaje socio-cultural hispano-barroco, le ha permitido interpretar —desde las perspectivas de estudios feministas prestigiosos como los de Caroline Walker Bynum o David Aers— el grado de subversión o sumisión de Luisa ante los valores propios de la época, mediante las prácticas de mortificación comunes a otras muchas otras mujeres devotas del Barroco. Ha podido detectar también la construcción autobiográfica “imaginada” de un itinerario vital que aparece en la obra de Luisa como homogéneo y coherente, cuando en realidad estuvo

sometido al azar y a los imponderables propios de las circunstancias vividas por una niña huérfana y desprotegida desde un punto de vista afectivo. Pero, sobre todo, ha podido afrontar con brillantez y con una preciosa riqueza de detalles, la edición crítica, la labor de interpretación filológica y la traducción para el lector

anglosajón y la comunidad académica internacional, de la obra de Luisa de Carvajal y Mendoza.

Carmen SANZ AYÁN

Universidad Complutense de Madrid

EBBEN, Maurits, LACY-BRUIJN, Margriet y HÖWELL TOT WESTERFLIER, Rolof van (eds.), *Alba. General and Servant to the Crown*, Rotterdam, Karwansaray Publishers, 2013, 464 págs., ISBN: 978-94-90258-08-5.

Mencionar el nombre de Alba no es solo evocar a uno de los más celebres y controvertidos personajes de la Europa del Quinientos, sino referir la estirpe nobiliaria española por antonomasia de la que recibió su nombre, un linaje que alcanzó fama universal, en buena medida, a consecuencia de la relevancia histórica alcanzada por el tercer duque. A pesar de no haber sido ni la casa ducal más antigua, ni la más rica ni menos aún la que llegó a acumular más títulos en el *ranking* de la aristocracia española, los hoy Fitz-James Stuart Martínez de Irujo pueden preciarse de ser la familia más conocida. Esta notoriedad quizá no resulte del todo positiva considerando que la sobreexposición pública que, muy a su pesar, padecen en los medios de comunicación no siempre deviene en elogios y reconocimientos hacia la labor de mecenazgo que, por ejemplo, desarrolla la Fundación Casa de Alba. A finales de noviembre de 2014, las portadas de buen número de rotativos y agencias de noticias nacionales e internacionales – que ignoraron sin embargo el discreto

tránsito de Victoria Eugenia Fernández de Córdoba, XVIII Duquesa de Medinaceli, mediado agosto de 2013– abrieron con la noticia del óbito de la XVIII Duquesa de Alba, rentabilizando muchas más páginas con las posteriores exequias.

Los Alba, para bien o para mal, han sido y siguen siendo la máxima expresión de la percepción que se tiene en nuestro país de la aristocracia. Es bien cierto, sin embargo, que la imagen casi siempre negativa que conserva la nobleza actual – retratada como una clase extemporánea, decadente y parasitaria – obedece a concepciones estereotipadas, muy alejadas de la realidad histórica objetiva, que desafortunadamente aún no ha podido ser desterradas del todo a pesar de la solidez que ha alcanzado la historia de la nobleza como línea historiográfica. Sea como fuere, y en esto como en tantas otras cosas hay más ingredientes de ficción interesada que de realidad, los Alba, símbolo de una identidad aristocrática perdida, siguen contando entre sus antepasados